

acudir a la cabecera del moribundo. Cuando entra en la celda, los ojos extraviados de Roberto la reconocen y sus labios murmuran una dulcísima palabra: ¡«Chiarina»!...

Son unas horas intensas. Las manos que tantas veces interpretaran la música creada por Roberto, acarician incesantes las del moribundo, crispadas sobre el embozo y en las que lentamente se va extinguiendo el pulso. En el aire, reina un silencio denso en el que parecen vibrar las más maravillosas melodías del gran compositor: el patético «Largo» del Quinteto que desdeñara Liszt; el «Moderato» de la Tercera Sinfonía; la frase inicial del Concierto de piano, en cuyo primer ensayo Clara enfermó de emoción; los «Lieder» y, sobre todo, el retrato juvenil y apasionado de «Chiarina» en el «Carnaval». Cada música trae a la doliente mujer el recuerdo de

sus dos existencias fundidas en un perfecto acorde.

No pudiendo resistir aquel torbellino de imágenes pasadas mientras contempla su desgracia presente, Clara se incorpora para salir de la estancia y poder gritar y llorar. Pero la mano trémula de Roberto la retiene con un último esfuerzo de voluntad, atrayéndola para besarla. Mucho tiempo después, el recuerdo de aquel beso en el que Schumann, a punto de morir pareció recobrar la razón, seguía conmoviendo a Clara haciéndole decir: «Jamás olvidaré aquel momento».

Clara vivió todavía muchos años, consagrada a la música y a la memoria de Roberto, consiguiendo la alegría de ver cómo los públicos del mundo entero acababan por comprender y aclamar la genialidad de aquel hombre extraordinario que llenara de amor, dolor y gloria toda la existencia de tan admirable mujer.

